

Veinte años sin Leonardo Sciascia

Javier Serrano

El 20 de noviembre de 1989, a la edad de 68 años y después de una larga y dolorosa enfermedad, el escritor siciliano Leonardo Sciascia falleció en su domicilio de Palermo. Desde su primera obra de creación, *Favole della dittatura* (1950), hasta la novela policíaca *Una storia semplice* (1989), durante cuatro décadas Sciascia escribió una media de un libro por año, publicados en un contexto –la convulsa realidad política y social de la Italia contemporánea– que con frecuencia sirvió, a través de acontecimientos y episodios de mayor o menor trascendencia histórica, como motivo inspirador de unas obras que no por ello renunciaron a la consistencia y alcance de lo propiamente literario.

A punto de cumplirse, pues, el vigésimo aniversario de su muerte, el legado de Sciascia sigue mostrándose como una obra compleja y extensa, reflejo de una no menos rica personalidad y evolución intelectual. Poeta, narrador, dramaturgo, columnista, investigador de hechos históricos, polemista, comprometido activamente en la vida política, consultor editorial, coleccionista de arte... Lo que quizá en otros autores podría parecer un elenco de intereses dispersos o fases de una trayectoria errática, en el universo poético sciasciano son facetas que se ensamblan de manera singular pero coherente, convirtiendo a Leonardo Sciascia en uno de los autores fundamentales de la literatura europea de la segunda mitad del siglo XX. El elemento que permite aunar esas vertientes tan dispares es la convicción de que la literatura, como expresaba en una anotación de su diario *Nero su nero* (1979), “es la forma más absoluta que puede asumir la verdad”.

Y como la verdad y el amor van de la mano, el escritor siciliano asocia la literatura a la felicidad, al deleite. En sus últimos libros –*Il cavaliere e la morte* es el mejor

exponente– es muy claro el sentido íntimo y vivencial de la literatura. Sciascia se adscribe así a una tradición que se remonta a Montaigne y su “No hago nada sin alegría”, de la que también son herederos Stendhal y Alberto Savinio, entre otros. Desde ese punto de vista –y por muy amargo que sea aquello sobre lo que uno escribe– escribir es siempre un acto de esperanza, una forma de felicidad transmisible al lector por medio de un proceso donde, parafraseando a Barthes, el *placer de hacer un texto* tendrá luego su reflejo en el *placer del texto*.

Un placer avivado por el ejercicio de la memoria, pero de una memoria en la que los recuerdos no afloran, como en Proust, según los impulsos del corazón, sino por lúcidas conexiones mentales y por “*intermitencias de la razón*, fruto de una antiproustiana *memoria voluntaria*, vigilante y programada”, como ha observado Antonio Di Grado. Así, la rememoración de fragmentos, personajes, versos o motivos literarios alimentan de modo recurrente la escritura de Sciascia. En ella la lógica del relato se construye sobre la capacidad de establecer enlaces, transiciones, secuencias entre elementos diversos, que son invocados a través de la citación intertextual y que convierten el universo poético sciasciano –con palabras que el propio Sciascia dedicaba a la obra de Savinio– en “un mundo de memoria, de incidencias, de coincidencias, de refracciones, de correspondencias”. De este modo, en el plano discursivo se desarrolla un juego de unión y oposición de ideas que se estimulan y enriquecen recíprocamente, ramificando y al mismo tiempo encauzando el relato.

En todo ello anida una voluntad estilística de claridad y ligereza, lo cual no quiere decir que sea un autor fácil o apto para cualquier tipo de lector. Al contrario,

como Montaigne o Stendhal, también Sciascia parece tener la capacidad de “escoger” a sus lectores. El tono íntimo y velado que adquiere con frecuencia su citación intertextual, la recurrencia diacrónica de algunas de esas referencias a lo largo de sus escritos (que sólo quien esté familiarizado con el conjunto de su obra está en condiciones de advertir) y la voluntad latente de dirigirse a un lector inteligente, entre otros elementos difícilmente ponderables, permiten aventurar que Sciascia escribe, especialmente sus últimas novelas, *to the happy few*.

Aunque está íntimamente asociada al deleite, la escritura literaria no es para el autor siciliano una recreación erudita en el propio saber ni un refugio cerrado a la comprensión de la realidad. Por el contrario, intenta hallar un sentido a dicha realidad a través de las coincidencias y correspondencias que se establecen entre los hechos bajo la luz de su bagaje literario personal; animado por la convicción de que “el mundo de los libros ofrece la única clave posible para penetrar en el libro del mundo”, según una feliz expresión de Massimo Onofri.

Desde esa óptica, la literatura tiene además una función cognoscitiva y desmistificante, porque con las operaciones de lectura, escritura y reescritura intenta comprender una realidad que, cuando está relacionada con el poder, se encuentra envuelta en el misterio y la mentira. Obras como *Atti relativi alla morte di Raymond Roussel* (1972) o *La scomparsa di Majorana* (1976) son emblemáticas de esta peculiar hermenéutica que confía a la literatura la capacidad de comprender el pasado y proyectar luz sobre el futuro, restituyendo el verdadero sentido de los hechos o vaticinando su cumplimiento. Así lo experimentó Sciascia cuando

algunas de sus ficciones fueron posteriormente refrendadas por acontecimientos reales que parecían haber sido predichos en aquellas. En concreto, los entresijos de la vida política italiana, retratada en las novelas *Il contesto* (1971) y *Todo modo* (1974) en unos términos de corrupción y crimen que hallarían reflejo en 1978 en el secuestro y asesinato del entonces primer ministro, Aldo Moro, por parte de las Brigadas Rojas. De aquí nace –indeseado e incómodo para el escritor– el calificativo de profeta con que lo distinguirá una parte de la opinión pública italiana; pero también su rechazo temporal –durante casi un decenio– a escribir narrativa de ficción tras haber experimentado “el terror de la escritura”.

Así emerge la figura fascinante de Leonardo Sciascia, aún de plena vigencia veinte años después de su muerte. Nos queda su conciencia cívica y una refinada producción literaria de auténtico *homme de lettres*, pero también su constante contradecir y contradecirse, una reconocida carencia del don de la prudencia y de la oportunidad (germen de numerosas controversias en la esfera pública), una singular religiosidad y la condición paradójica, como explica su biógrafo Matteo Collura, de que “no bailó nunca, jamás le dio una patada a un balón, no condujo un automóvil, no subió a una barca, ni se bañó nunca en el mar, pero sabía interpretar los signos de su tiempo (o tal vez estaba condenado a hacerlo)”.

El juego de los opuestos y las paradojas son consustanciales, por tanto, a la cosmovisión sciasciana. De esta manera se puede comprender cómo el autor de *Le parrocchie di Regalpetra* –que supera el provincialismo aun sin renunciar a una continua atención a su isla natal– es un escritor al mismo tiempo siciliano

y europeo. Desde una perspectiva enraizada en el microcosmos de su tierra, mira continuamente también a la cultura e historia de otros países, originando un movimiento de influencias recíprocas. Por una parte, lo concreto puede dar razón de lo general, desde el convencimiento de que Sicilia, a la que califica como “metáfora del mundo moderno”, ofrece la representación de muchos elementos y problemas universales. Por otra parte, gracias a esta mirada hacia el exterior que él cultiva desde su juventud, fue adquiriendo y asimilando influencias diversas que integran su universo poético, que tiene precisamente en las alusiones y el diálogo con otras voces literarias uno de sus rasgos peculiares.

Es éste un campo de estudio amplio y fértil, que seguro aún reserva sugerentes calas. Es patente, y así lo ha reconocido el propio escritor, la influencia en su maduración intelectual del acervo cultural y literario de Francia; en especial de los autores ilustrados a los que recurrió, cuando era un adolescente, como antídoto contra la sinrazón y la injusticia que veía reinar en la sociedad siciliana. También es fácilmente identificable el ascendiente español en su obra, de Cervantes a Ortega y Gasset, pasando por la que denomina “esa espléndida pléyade” de poetas del 27 como Lorca, Cernuda o Jorge Guillén, con quien mantuvo correspondencia durante los años 60, y en la que mostraban mutua admiración (el poeta castellano elogiaba de Sciascia que escribiese siempre “con mente aguda, ánimo honesto y palabra sabrosa”). Sin embargo, todavía ha sido poco explorado los vínculos de la obra sciasciana con la literatura centroeuropea (Kafka, Dürrenmatt o K. Brandys), o rusa (Gógol, Tolstoi). La ascendencia foucaultiana de su noción de poder, la relevancia de Pascal en la conformación de su peculiar sentimiento cristiano

o de la hermenéutica de Ricoeur en su concepción de la *scrittura-verità*.... Son otras líneas de estudio que, dada la vasta y rica formación cultural de Sciascia, pueden afrontarse sin caer en el peligro de la sobreinterpretación.

El continuo diálogo que se desarrolla en las páginas sciascianas con todos estos autores –una conversación, como apuntábamos antes, a menudo implícita y sutil– concede a las obras del escritor siciliano una capacidad de exploración inagotable, renovada y multiplicada en cada relectura. Y por eso el interés y la fruición de sus lectores están asegurados, al menos, otros veinte años. ■